

Lugares teóricos de construcción de valor: la crónica y el testimonio

María José Sabo.
(UNC / CONICET.)

Resumen

La ponencia se centra en el análisis del proceso de adquisición de valor literario y entrada en las academias de la crónica y el testimonio, poniendo este proceso en relación con horizonte de transformaciones teórico-críticas experimentadas en el campo de la literatura y la crítica latinoamericana durante los años ochenta y noventa. De esta forma, el artículo indaga los mecanismos a partir de los cuales estos géneros, largamente desplazados del canon literario, adquieren un valor central dentro un marco intelectual e institucional de reprocesamiento de las nuevas propuestas teóricas imperantes en las academias metropolitanas, y de revisión de los tradicionales objetos de la crítica literaria. De esta manera, se reflexiona en torno a las implicancias teóricas y académicas que esta construcción de valor deja en evidencia.

Ponencia

Esta ponencia nace de incipientes indagaciones y cuestionamientos que conforman el recorrido de una tesis doctoral que se encuentra aun en su etapa exploratoria, por ello son quizás más los interrogantes que las certezas. En este sentido quisiera compartir algunas líneas de indagación que estoy profundizando entorno a un proceso que ha me llamado la atención: la clara emergencia e institucionalización en la década de los noventa de dos géneros que han estado siempre en tensión con el sistema literario latinoamericano: la crónica literaria-periodística y el testimonio, formas discursivas ambas que comparten la característica de ser, como afirma Mabel Moraña, escrituras con una “omnipresencia de la referencialidad” (1997: 114), rasgo que les ha valido un largo relegamiento del canon. Mi propuesta es revisar el proceso por el cual estos géneros “bastardos” se envisten de un valor literario, cultural y documental en estrecha vinculación con las transformaciones operadas en el horizonte crítico y teórico latinoamericano de las últimas dos décadas del siglo XX.

Sin olvidar la emblemática y polémica obra *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia* publicada en 1983, podemos afirmar que desde la década de los noventa la crónica y el testimonio comienzan a adquirir un lugar cada vez más notable y legitimado, en un primer momento en los medios periodísticos masivos (diarios y revistas), luego en librerías hasta arribar al circuito académico y crítico. Una gran oferta de compilaciones de crónicas en formato libro nos indica que

estos géneros de claro compromiso con lo real han ido adquiriendo una posición hasta hace unas décadas solo reservadas a la llamada alta literatura. Una institucionalización y legitimación que se observa en el tránsito que estos géneros realizan desde la página del diario, la revista o la radio hacia el libro, un formato de mayor impacto académico: sucede en las compilaciones de crónicas de Martín Caparrós y María Moreno en Argentina, con las de Pedro Lemebel en Chile, Carlos Monsiváis en México, Edgardo Rodríguez Juliá en Puerto Rico, y un larguísimo etcétera, a la par que la figura del cronista va adquiriendo mayor importancia. Libros que salen a la venta bajo diversos títulos y clasificaciones como “crónicas” o “literatura de no ficción”, “nuevo periodismo”, “novela testimonial”, etc. aludiendo siempre a su fuerte impronta realista. A la par de ello, se comienza a gestar desde el discurso crítico la idea de una *nueva generación de cronistas* en América Latina (Graciela Falbo 2007. Ethel 2008) o de “*nuevos cronistas de Indias*” (tal como se propone desde la novísima Fundación para el Nuevo Periodismo Iberoamericano, presidida por Gabriel García Márquez) y, paralelamente, grandes casas editoriales como Seix Barral o Fondo de Cultura Económica instauran un premio a la crónica como así también una *colección* completa dentro de su oferta editorial a través de la cual estos nuevos (y no tan nuevos) cronistas comienzan a ser publicados, conocidos y recortados, de entre las diversas formas de construir la práctica escritural, como “escritores de no ficción narrativa”.

Si contrastamos este panorama con la década anterior, o si lo ponemos de relieve frente al corpus de obras que desde principios de siglo han delimitado y definido los alcances de la llamada “literatura latinoamericana”, veremos que la crónica ha ocupado históricamente un lugar de marginalidad de conflicto y de ambigüedad frente a un horizonte crítico que, anclado en las herramientas teóricas y metodológicas que se amoldaban más a la lectura de fenómenos literarios de una novela europea y burguesa que a la heterogeneidad de formas y sistemas literarios latinoamericanos (la retórica y la estilística a principios de siglo XX, el estructuralismo y formalismo devenidos en inmanentismos, la hermenéutica, etc.), daba muestras de no poder procesarla ni gestionar su lugar dentro del concierto de las “obras literarias latinoamericanas”.

El ensayo de Alfonso Reyes de 1944, *El deslinde*, es sintomático de esta percepción porque pone en evidencia la incomodidad que produce el género frente a matrices literarias más estables, “identificables” y legitimadas. En este ensayo, Reyes emprende la tarea, como su título lo refiere, de “deslindar” o también podríamos decir, de “depurar” aquello que constituiría la literatura latinoamericana de lo que no lo sería. Sin embargo esta lectura crítica, en sintonía con la mirada académica e intelectual que prevaleció sobre la literatura latinoamericana durante buena parte del siglo XX, que parte de un horizonte teórico que piensa a los géneros literarios en correlación directa a los géneros literarios europeos, deriva en una preocupación y desazón a lo largo del ensayo por la gran cantidad de elementos “no puramente literarios” que se encontrarían en el campo de la

literatura latinoamericana, de alguna manera contaminando las pretensiones de pureza de géneros en tanto lo ideal. Reyes se refería con ello específicamente a textos entre el testimonio, la crónica, las cartas de relación etc. los cuales debían quedar fuera del campo, de ahí la necesidad de hacer el *deslinde*. Para este crítico, entonces, esto que es identificado como “lo ancilar” debía ser desalojado de la literatura para comenzar a reorganizar el campo de las letras hispánicas según un concepto de literatura vinculado en la idea de las *Bellas Letras* y lograr así asemejarse al modelo del gran canon occidental.

A pesar de que tanto la crónica como el testimonio parecieran no caber en ningún molde teórico, sin embargo, han estado presente desde los primeros escritos de Bernal Díaz del Castillo hasta Operación Masacre de Rodolfo Walsh y han sido parte del acervo cultural latinoamericano, marcando incluso, cual caja de resonancias, la discursividad de momentos culturales de intensa transformación: desde las crónicas de Indias, hasta los viajes de científicos europeos por estas geografías a finales del siglo XIX, las crónicas de la naciente modernidad latinoamericana, el testimonio y las crónicas de las luchas revolucionarias en Cuba y Centroamérica, las crónicas del exilio, de la represión y cárcel en el Cono Sur, etc.

Poco después, Retamar discutirá esta noción de lo literario que sostiene Reyes, haciendo notar que precisamente lo que éste denomina como *lo ancilar* constituiría en realidad *lo específico* de la literatura latinoamericana. Recordemos que Retamar, junto con Cornejo Polar y Ángel Rama, sientan las bases sobre las que la crítica latinoamericana de los años sesenta y setenta comienza a pensar la especificidad de nuestra literatura como problemática nodal de la agenda teórica. En este contexto, será Casa de las Américas la que inaugure en 1970 un premio al *testimonio* dentro de su concurso literario, canalizando así el engrosado corpus de producciones y escrituras que no se amoldaban a la matriz de la novela burguesa.

Pero será durante la década de los ochenta, coincidente con la llegada de los Estudios Culturales al espacio académico latinoamericano, cuando se gestó una contundente tradición crítica, ausente hasta el momento, que dé visibilidad a la crónica y al testimonio desde la puesta en funcionamiento de un aparato crítico arraigado a esta nueva matriz teórica y recorte su especificidad en tanto géneros sintomáticos de la hibridez cultural latinoamericana,

Sin dudas, estos géneros encuentran un espacio legítimo al deshabilitarse las dicotomías que tradicionalmente dominaron el campo de la literatura y la cultura y que sostuvieron procesos de producción del valor literario y del canon muy arraigados al concepto de literatura como alta cultura o como un arte cuyo sentido radicaba en la diferenciación con los sustratos “menos elaborados” en otras palabras, un concepto que se ajustaba quizá perfectamente a las literaturas europeas pero que no lograba poner de manifiesto las complejidades del sistema literario latinoamericano.

El primero de los grandes trabajos que recorta como objeto de indagación literaria a estas

escrituras “de la referencialidad” (Moraña 1997: 114) es el de Aníbal González con el exhaustivo estudio *La crónica modernista hispanoamericana* (1983). El mismo año, aunque delineando un objeto diferente, se publica *discursos narrativos de la Conquista: mitificación y emergencia* de Beatriz Pastor con una reflexión crítica importantísima en tanto se centra en el análisis de las crónicas, cartas de relación y diarios de viaje de la conquista de América que hasta ese momento constituían apenas un corpus amorfo de textos que con escasa legitimidad lograban entrar en el círculo de lo literario, más bien, constituyeron discursos largamente abordados por la historiografía y desde una lectura documentalista. En 1989 Julio Ramos publica *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX* y en 1992 encontramos el trabajo de Susana Rotker, *La invención de la crónica*, el cual le significó el premio Casa de las Américas al ensayo. Otro trabajo crítico de peso en este mismo año es el de Ana María Amar Sánchez, *El relato de los hechos. Rodolfo Walsh: testimonio y escritura* (1992).

Si bien la mayoría de estos estudios delimitaron su campo de investigación a la crónica modernista de principios de siglo XX, conforman un corpus de reflexiones que por primera vez se especializan en estos géneros ubicados en la frontera entre la ficción y la realidad, otorgándole un valor que será fundamental para reposicionarlos dentro del canon de la literatura latinoamericana: pensarlos como géneros “híbridos” en el sentido de que su especificidad radicaría en el cruce particular entre discursos sociales hegemónicos y marginales o emergentes que se van entramando en el texto.

Si pensamos que el Modernismo, desde las diferentes oleadas de lecturas críticas que ha experimentado a lo largo del siglo, ha sido siempre abordado desde la poesía y el ensayo, y en menor medida desde la narrativa, este completo viraje que realiza la crítica para leer el período desde un género menor y marginado como lo fue la crónica, para comprender desde esa textualidad bastarda todo el espectro de procesos y tensiones de la modernidad latinoamericana, está poniendo de relieve el alto impacto que los Estudios Culturales tuvieron en la praxis teórica-crítica del continente en la medida en que la crónica se comienza a delimitar como *objeto* legítimo y no ya una “ancillaridad” problemática y relegable.

La crónica misma parece encarnar el punto nodal de la propuesta de los estudios culturales al deshabilitar, en tanto discurso híbrido, las pretendidas fronteras entre una cultura popular pensada como baja, cercana a “la realidad” y una cultura alta, de las formas y lenguajes elaborados, una textualidad despegada del fango de lo habitual. Pero también, en tanto dispositivo discursivo capaz de captar y convocar diferentes voces dentro de su escritura laxa, estos géneros cobraron especial importancia en la medida que los Estudios Culturales reforzaron el interés por los productos, hasta el momento acallados, de la llamada cultura popular; cancioneros, radioteatros, novelas de folletín, como así también, proporcionaron herramientas metodológicas de análisis que encauzaron el rescate

de producciones culturales no letradas que desde mediados de siglos venía produciéndose de la mano de movimientos populares que se sucedieron a lo largo de América Latina. Recordemos una obra nodal y representativa de los nuevos intereses de esta década, *El imperio de los sentimientos* (Betariz Sarlo, 1985).

Pero no debemos olvidar que la paulatina presencia y legitimidad de ambos géneros en el ámbito cultural y literario de los años ochenta debe leerse también en relación al retorno de los exiliados políticos en el Cono Sur luego de la declaración de amnistía. Aparecen así publicaciones novedosas como la autobiografía, las memorias políticas, el testimonio de guerrilleros, relatos de cárcel, generando incluso en algunas regiones, debido al peso social y jurídico que adquirieron estas escrituras, subgéneros dentro del testimonio.

Estas escrituras, arraigadas a un espacio social de discusiones que giraban en torno a la construcción de una memoria política y social y al reclamo de justicia, se revistieron de una función política nodal en estas sociedades, amalgamándose a una premisa de revelación de la verdad y de interpretación del pasado que reforzó la alianza de estos géneros con el elemento realista/verista de su escritura. En muchos casos incluso estas escrituras parecieron adquirir funciones parajudiciales o de investigación policial durante estos años, especialmente si pensamos en el Cono Sur, donde el discurso público/estatal de los años noventa pareció estar signado por la perversión y la ambigüedad en relación a los límites entre legalidad/(a)ilegalidad y legitimidad/ilegitimidad en el marco de procesos de redemocratización e instauración del modelo neoliberal (Antonelli, 2007).

Estas formas de un realismo vuelto hacia el pasado de carácter interpretativo, como lo piensa Beatriz Sarlo (2007), pero también de denuncia, que alimentó las biografías y autobiografías políticas de la posdictadura y los testimonios de cárcel, penetrará otras zonas del discurso social, entre ellas la novela, en un momento coincidente con el desgaste editorial de las matrices narrativas que habían reinado durante el boom en los sesenta y setenta.

Una vez abierto este camino por los Estudios Culturales, es muy interesante observar cómo para la década posterior el testimonio y la crónica salen al encuentro de los Estudios Poscoloniales, en un horizonte de práctica crítica signado por la progresiva constitución del Latinoamericanismo Internacional.

Los Estudios Poscoloniales latinoamericanos, nacidos en buena medida en los departamentos de español de universidades norteamericanas y del trabajo crítico de muchos intelectuales latinoamericanos allí radicados, abrevarán de los insumos de diversas teorías, en especial los Estudios Subalternos o los Estudios de Género, buscando ejercer una lectura crítica de los productos culturales de este subcontinente que deshabilite y denuncie las instancias de dominio colonial aun sobrevivientes. De esta manera, dentro del marco de esta agenda de los años noventa y

retomando los aciertos de los Estudios Culturales, estos géneros adquieren un lugar central en la tarea de descolonizar (o desoccidentalizar, para utilizar una categoría de Walter Mignolo) los relatos a través de los cuales Latinoamérica es narrada y se piensa a sí misma. En este contexto, tanto para George Yúdice, como para John Beverley y Gayatri Spivak, la *crónica-testimonio* permitiría la visibilización del verdadero Yo latinoamericano -en oposición al horizonte de expectativas alegórico y triunfalista del Boom¹

Esta lectura emergente a partir de la cual estos géneros comienzan a revestirse de un mandato poscolonial en tanto pareciera encarnar una verdad respecto a Latinoamérica, oponiéndose a la matriz narrativa del Boom y el realismo mágico, también la encontraremos en el *Manifiesto Inaugural del Grupo Latinoamericano de Estudios subalternos* (1995) en tanto allí se vuelve a deslindar al boom del valor que tendría la narrativa testimonial, estableciendo parámetros de diferenciación contundentes:

“A diferencia de la ambición mostrada por los novelistas del boom de “hablar por” América Latina, los sujetos subalternos representados en los textos testimoniales se convirtieron en parte misma de la construcción textual. La insatisfacción con la estrategia metaficcional y masculina de los autores del boom condujo a un nuevo énfasis en lo concreto, en lo personal, en “las pequeñas historias”, en la escritura producida por mujeres (...)” (AA.VV 1998 [1995]: 91)

Observemos cómo se carga de valor al testimonio en tanto relato capaz de dar cuenta de la condición de subalternidad de los sujetos en él relatado. En contraposición, se asienta a partir de aquí una fuerte línea de lectura que reprocesa al boom como relato “letrado”. Sin duda, una lectura muy alejada de aquella que tuviera la crítica en décadas anteriores.

La crónica y el testimonio van asentándose en el sistema literario a un ritmo acompasado con la progresiva deslegitimación del boom y el realismo mágico devenido en fórmula del exotismo falseante, el cual alimenta las lecturas disfóricas que culminan en un "macondismo" (Erna Von der Walde, 1998) o "McOndo" paródico (Manifiesto McOndo, 1996) o un "Magiquismo Trágico" (Manifiesto Crack, 1996) que se convertirá en la consigna de lucha de los jóvenes escritores que buscan abrirse camino en los noventa.

Frente a "la imagen exportable capaz de brillar brillantemente en la imaginación occidental y cotizarse en los mercados internacionales (Moraña, 1998: 237) que proporcionaría el realismo mágico y la novela del boom, la crónica comienza a visualizarse como relato en contacto directo con lo real, radicando allí su fuerza denunciante y la incomodidad que genera en los discursos oficiales. Parecería entonces que el testimonio y la crónica logran correrse de ese lugar de conformismo con las expectativas metropolitanas. Pensemos en la crudeza de la realidad retratada

¹ Para ampliar esta discusión ver Avelar, Idelber (2000): *Alegorías de la derrota: la ficción posdictatorial y el trabajo del duelo*. Santiago de Chile. Cuatro Propio.

en *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia. Vida de pibes chorros*, de Cristian Alarcón, las crónicas de Lemebel y el mundo sórdido de las marginalidades sexuales/raciales, etc. Entre muchas otras que nada tienen de la estética mágico-realista.

La tarea de estas nuevas narrativas "etnográficas" (categoría que propusiera Beatriz Sarlo) poseedoras de una extraordinaria capacidad de movilidad por entre espacios opuestos, será dar voz a las llamadas nuevas ciudadanías, las ciudadanías marginadas del proyecto modernista y neoliberalista latinoamericano, cuando las grandes urbes parecen vestirse con los restos del convite neoliberal; pobreza, marginalidad, violencia y desempleo, tanto la crónica como el testimonio penetran en espacios cada vez más amplios del discurso literario, sosteniendo una idea de relato alternativo tanto a los discursos oficiales como al literario libresco y tradicional, comprometido con el presente, con la realidad y la verdad. Una posición que también encontraremos en muchos productos televisivos de la época.

Este cruce entre las narrativas testimoniales y el horizonte de reflexiones poscolonialistas permite pensar a Rossana Reguillo (2000) que "La crónica se levanta para ofrecer el testimonio del desasosiego latinoamericano"(64) en tanto es un discurso que "relata desde otras geografías los mismos acontecimientos, genera la posibilidad de otra lectura y por consiguiente, inaugura nuevos puntos de vista porque rescata perspectivas que habían sido invisibilizadas en la escena pública". De esta forma, la crítica enviste a estos géneros de un valor en directa relación con la posibilidad de generar un nuevo tipo de relato que se diferencie de los dispositivos discursivos oficiales y letrados que, por ese entonces, se hayan en pleno proceso de revisión y recelo por parte de una ciudadanía que ha quebrado su confianza frente a la corrupción política reinante.

En la crítica encontramos unanimidad en rescatar la crónica como textualidad capaz de "fisurar las 'narrativas legítimas' del discurso oficial (62). Así frente a estas "narrativas legítimas", asociadas a lugares enunciativos de reproducción del poder y por ende, de colonialismo, el testimonio y la crónica generarían una modalidad de relato ubicada en un espacio otro que garantizaría así la capacidad de verdad y de crítica del propio relato. Por ello, Reguillo crítica piensa que "la crónica ha traído una forma de registro en la que ha podido contarse una historia paralela que pone en crisis el discurso legítimo" (63).

En la misma línea, Agustín Pastén (2007) lee en los escritos de Lemebel, Monsiváis y Rodríguez Juliá "una efectiva representación de la subalternidad en un contexto cultural y político donde el triunfo del neoliberalismo y la omnipresencia de la globalización han exiliado de la República del Éxito todo aquello que no se ajusta a la lógica del mercado" (103).

El interés de la crítica y de las editoriales por estos discursos que indagan el presente y hacia las zonas más escabrosas y marginales de las culturas urbanas latinoamericanas también debe pensarse metacríticamente en relación al peligroso y creciente "prestigio que ha adquirido lo

marginal, minoritario y excéntrico en el primer mundo” como señala Erna von der Walde (1998: 209).

Como ya había advertido Moraña, estos materiales con que trabaja la crónica prontamente son amalgamados a un aparato disciplinar, el Latinoamericanismo Internacional, en el que, a la vez que se legitiman, se inocular su contenido contestatario: "donde es celebrado el margen; el indio, el delincuente, el narcotraficante, el lumpen, el cual entrega en música, videos, testimonios, novelas, etc., una imagen que penetra rápidamente en el mercado internacional, dando lugar no solo a la comercialización de este producto cultural desde los centros internacionales, sino también a su trasiego teórico que intenta totalizar la empiria híbrida latinoamericana con conceptos y principios niveladores y universalizantes” (1998: 219).

No sorprende entonces que en esta década encontremos numerosos los trabajos críticos académicos provenientes de los centros metropolitanos de producción teórica que toman el testimonio latinoamericano como objeto paradigmático de las manifestaciones de la subalternidad en los países del “tercer mundo”. Baste mencionar a John Beverley, "Anatomía del testimonio", en el libro de 1987 *Del Lazarillo al Sandinismo: Estudios sobre la función ideológica de la literatura española e hispanoamericana*. En otro trabajo junto a Mark Zimmerman, *Testimonial Narrative. Literature and Politics in the Central American Revolutions* (1990). Y junto a Hugo Achúgar, *La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa*. (1992) De 1984, David Foster, *Latin American Documentary Narrative*.

Moraña denuncia la apropiación que desde estos centros de poder epistémico se hace de aquella categoría que señaláramos como nodal para la crónica: la hibridez, la cual pasa a encarnar una nueva forma de exotismo tercermundista y exportable:

"En este contexto, la hibridez ha pasado a convertirse en uno de los ideologemas del pensamiento poscolonial, marcando el espacio de la periferia con la perspectiva de un neoexotismo crítico que mantiene a América Latina en el lugar del otro, calibanesco marginal, con respecto a los discursos metropolitanos. La hibridez facilita, de esta manera, una pseudointegración de lo latinoamericano a un aparato teórico creado para otras realidades histórico- culturales, proveyendo la ilusión de un rescate de la especificidad tercermundista (...)" (Moraña, 1998: 216-217).

La hibridez de la crónica, su capacidad de convocar otras voces, su escritura fronteriza escabulléndose constantemente por entre las disciplinas, las normas del género, una instantaneidad y brevedad que parecen ondular al propio ritmo de la realidad, su cercanía con los medios de comunicación masiva y la fuerte presencia en ella de la cultura de masas, empujan a la crónica hacia una búsqueda constante de los márgenes como espacio geográfico y escritural de subversión de lo instituido. Quizás allí se encuentren algunas de las claves de esta contundente emergencia y legitimación de géneros que, por largo tiempo, constituyeron una problemática dentro del sistema

literario. Estas características la hacen altamente receptiva dentro del marco de un celebrado multiculturalismo, fetiche actual de una tolerancia mediatizada que se ha constituido en el pilar de la democracia neoliberal del conformismo, donde las diferencias se muestran en un simulacro de aceptación y reconocimiento, solo para que continúen reproduciéndose dentro de un sistema teórico que comienza a exotizar estas contradicciones tercermundistas. Emerge un nuevo repertorio de temas y materiales que abrevan de esta marginalidad, instaurando lo que Carmen Villariño Pardo concibe como "el nuevo romance de las periferias"². Respecto a esto, Mabel Moraña afirma severamente "tanto al pensamiento poscolonial como a la ideología de las minorías (...) inscribiéndose en un debate transdisciplinario que construye a América Latina, otra vez, como objeto de representación, como imagen que verifica la existencia y función del ojo que mira" (216-217).

Estos nuevos materiales repertoriales no escapan a los procesos de exotización que otrora fueran imputados al surrealismo, al tropicalismo. Estos géneros se empapan de esa violencia y la marginalidad como nueva fórmula de ruptura con los géneros literarios asentados en el canon, como fórmula discursiva de "develamiento" de una verdad oculta en el discurso oficial, aunque estas nuevas propuestas se transformarán de a poco en una estética canónica de los nuevos productos culturales latinoamericanos muy bien aceptados fuera de este subcontinente, pensemos en un ejemplo; el furor que despierta el nuevo cine brasileño, "Ciudad de Dios", "Tropa de élite", etc.

Una marginalidad que, absorbida por el discurso del multiculturalismo, rápidamente se transforma en una forma de escapismo inofensivo para los nuevos consumidores culturales en busca de experiencias "reales" y "extremas".

Así, a la par que se inicia un reprocesamiento de las matrices narrativas que se hallaban en el centro del sistema, llegando a ser leídas como intentos "fallidos" (De la Campa 1996, 711) coloniales y exotistas, estos géneros adquieren vigor en la medida en que alimentan, en contraposición, una ilusión de fidelidad a la realidad, de discurso capaz de "hacernos ver" las zonas ocultas y relegadas de las grandes ciudades y en especial, una idea de repolitizar la escritura a través de un compromiso entre el cronista y la dura realidad social que, en algunos casos, solo queda en el gesto de mostración etnográfica celebratoria de estas marginalidades cargadas de un contenido pseudo-romántico, reforzando la tranquilizadora idea de que, si esa otredad aparece en los medios, revistas o en diversas formas culturales, entonces habría un reconocimiento, una inclusión tolerante dentro del concierto de diferencias satisfechas en la variedad de ofertas del mercado.

BIBLIOGRAFÍA

2 Apunte de clase.

- Antonelli, Mirta (2007). “¿Cuándo comienzan 'los 90'?. Umbrales de una mutación” En: Gabriela Simón (compiladora); *Crónicas argentinas. La década del 90: literatura y medios*. Córdoba. Alción editora..
- Cornejo Polar, Antonio(1997). “Mestizaje e hibridez: los riesgos de las metáforas. Apuntes”. *Revista Iberoamericana* N° 180. Julio/ Septiembre.
- Ethel, Carolina (2008). “La invención de la realidad”, en: http://www.elpais.com/articulo/semana/invencion/realidad/elpepuculbab/20080712elpbabese_3/Tes
- Falbo, Graciela (edit.) (2007). *Tras las huellas de una escritura en tránsito. La crónica contemporánea en América Latina*. La Plata. Argentina. Ediciones al Margen. EDULP.
- Garramuño, Florencia (1997). *Genealogías culturales. Argentina, Brasil y Uruguay en la novela contemporánea (1981-1991)*. Rosario. Beatriz Viterbo Editora
- Moraña, Mabel (1997). “Documentalismo y ficción: testimonio y narrativa testimonial hispanoamericana en el siglo XX” En *Políticas de la escritura en América Latina. De la colonia a la modernidad*. Caracas. Ediciones Escultura
- (1998). “El Boom del subalterno” En; *Cuadernos Americanos* n° 67. Enero/Febrero Año XII UNAM. México.
- Sarlo, Beatriz (2007); *Escritos sobre literatura argentina*. Buenos Aires. Siglo XXI editores
- Pastén, Agustín (2007). “Paseo crítico por una crónica testimonial: de *la esquina es mi corazón* a *Adiós mariquita linda* de Pedro Lemebel, en: *Revista Contracorriente* N° 2.
- Reguillo, Rossana (2000). “Textos fronterizos. La crónica, una escritura a la intemperie” *Revista Diálogos de la comunicación* N° 58. Lima.
- Retamar, Roberto F (1997); *Para una teoría de la literatura hispanoamericana* Bogotá. Instituto Caro y Cuervo.
- Von der Walde, Erna (1998). “El Macondismo como latinoamericanismo” En: *Cuadernos Americanos* N° 67. México. UNAM.
- (1998); "Realismo Mágico y Poscolonialismo: construcciones del otro desde la otredad". En: CASTRO GÓMEZ, Santiago y MENDIETA, Eduardo (coord.); *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*. México, University of San Francisco Press.